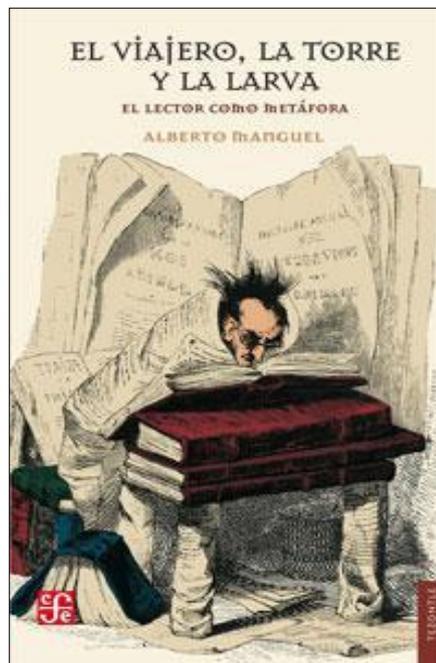




Alberto Manguel
El viajero, la torre y la larva.
El lector como metáfora
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Fondo de Cultura Económica
2015
132 pp.



María Belén Severini¹

Recibido: 01/02/2016
Aceptado: 01/02/2016

El enigma de la lectura

El texto de Alberto Manguel abre un camino de reflexión sobre diversas configuraciones de lectores, donde el binomio lectura-escritura cifra la clave de un enigma. Obra breve que consta de una introducción, tres capítulos y un cierre, donde la premisa “El lector como metáfora” nos invita a cruzar el límite de las convenciones del lenguaje, ofreciendo diferentes miradas que den cuenta de una interpretación más directa del espacio que se suspende entre el imaginario del lector y el del escritor. El autor, acertadamente, insiste con la idea de

que estamos obligados a descifrar los códigos de nuestra propia experiencia en el mundo, leer es estar en el camino de la vida; leer para vivir.

El ensayista advierte que hay una metáfora fundamental en todas las sociedades literarias que piensan la relación hombre-mundo. El mundo es un libro que intentamos leer, no solo en las ficciones sino en todo discurso, desde las matemáticas a la geología. El libro del mundo está colmado de signos muertos que esperan salir de su existencia muda a través de la creatividad lectora. Las formas de lectura, señala el autor, definen la identidad cultural de las sociedades a lo largo del tiempo. La experiencia del mundo no puede traducirse a través del lenguaje, por esta ra-

¹ Profesora en Letras (UNMDP). Contacto: belenseverini@gmail.com

zón, la lengua recurre a metáforas que intenten reparar sus fisuras, su ineficiencia. Cada sociedad configura su propio sistema de metáforas para formar su mirada del mundo.

Alberto Manguel realiza un análisis singular citando escritores, personajes, pensadores antiguos y modernos, textos sagrados y prohibidos, consagrados y olvidados, vinculados por la idea de un mundo percibido como libro. Los tres capítulos enlazan tres imágenes de lector, tres metáforas: el libro como viaje, nómada que contempla el mundo sin entrar en él; la torre bíblica que deviene en torre de marfil, para llegar al final del peregrinaje, el lector como larva que se acerca a su propia muerte, donde el gusano, cuyo sustento es la literatura, solo vive de ropajes.

El lector como viajero: la lectura como conocimiento del mundo

La ilustración “Moisés en un libro” que reconstruye el éxodo de Moisés, remite al recipiente que permite que la palabra de Dios viaje por el mundo, y que sus lectores se conviertan en peregrinos en el sentido más profundo de la palabra. Como sabemos, la experiencia del mundo aconteció frente al lector en forma de tabletas, rollos, códices, todos reflejos del mundo. La búsqueda del sentido se encerraba en el arte humano de la escritura. El origen de la metáfora que aúna palabra y mundo cristalizó ya entre los antiguos judíos, cuyos conceptos estaban cargados de sentidos morales y espirituales. La palabra de Dios contenía la figura del camino recorrido: “Vivir es viajar a través del libro del mundo y leer es abrirse camino por un libro, es vivir, viajar por el mundo mismo” (21)

El lector viajero es antiguo, la experiencia de lectura era el reflejo del viaje por la vida. Lo vemos en las metáforas bíblicas, en las *Confesiones* de San Agustín o en *La Epopeya de Gilgamesh*, texto escrito en 1750 a.c., revisado y ensamblado posteriormente en tabletas. El autor se detiene en la primera tableta que narra la epopeya. El poeta presenta al rey y el maravilloso fuerte de Uruk. Luego se dirige al lector, lo incita a mirar, pasear, tomar del compartimiento secreto las tabletas laspislá-zuli para conocer las grandes hazañas de Gilgamesh. A través de este guiño, el lector acompaña la aventura, se introduce en la lectura. Como observa el crítico, para ningún lector fue el mismo desierto, cada viaje cambia y se recrea en cada relectura o reescritura, en las interpretaciones disímiles del lector del siglo XXI. Capas contextuales superpuestas, alegorías, puntos de unión y de referencias culturales que hacen de ese texto un clásico: “Las palabras en la tableta llevaron a su escritor al destino por la ruta que el texto había trazado; de esta manera, el lector se convierte en el viajero privilegiado del texto” (33).

Viajero pero no pionero, el lector acompaña al personaje con sus anhelos, pero la experiencia está signada por el texto. Metáforas y connotaciones son huellas en ese viaje textual. Tres mil años después de la epopeya, somos testigos privilegiados del viaje de Dante hacia el inframundo, aceptamos perdernos para irnos con él, siguiendo los consejos de Virgilio, somos otros a través de la lectura, perdemos nuestra identidad para interrogarnos sobre nuestra historia y sobre nosotros mismos. Nos apegamos al drama de los avatares de la vida de Dante, cuyo autor es Dios. Botticelli da cuenta de la imposibilidad de decir con imágenes las palabras finales

de Dante, y por ende, al igual que Dante, la imposibilidad de decir con palabras la revelación divina.

Con el tiempo lo que ha cambiado, en términos de Cees Nooteboom, no es la idea de lectura como viaje, sino el significado del viaje mismo. Según Manguel, a diferencia de Dante no percibimos la vida como un viaje transitorio. La sociedad nos incita a pensar que somos inmortales, a diferencia de la lectura autorreflexiva que proponía Montaigne, queremos una lectura interconectada, *best sellers* compartidos: “Como viajeros del ciberespacio necesitamos ser más conscientes de estas limitaciones y encontrar maneras de reclamar nuestra libertad de viajeros” (53).

A través de la materialidad de nuestros soportes de lectura, señala el crítico, establecemos relaciones con otras partes del libro y con otros libros, hacemos asociaciones mentales en un espacio sin horizontes, mientras que los medios electrónicos nos dejan en la perplejidad de un laberinto. Sin caer en las polaridades planteadas por Umberto Eco acerca de las nuevas tecnologías y el destino del libro, miradas apocalípticas e integradas cifran el debate que abre el autor, en una reflexión sobre las nuevas formas de emprender el viaje y sus efectos sobre nuestras capacidades intelectuales.

El lector en la torre de marfil: la lectura como alienación del mundo

Partiendo de una pintura de El Bosco, este capítulo se centra en la lectura como retiro del mundo, la soledad y la contemplación melancólica. El estado de acedia es la sed intelectual del *Fausto* de Goethe. También, la soledad era el camino para encontrar la fe cristiana. La torre inhóspita de Simón el Estilita. Sin

embargo, en la torre de marfil, el alma corre el riesgo de perderse en la soberbia y la inacción. Por otro lado, el carácter necesariamente ocioso y meditativo del filósofo da a la torre solitaria una connotación positiva. Torres en el imaginario literario, Rabelais, Hölderlin, la emblemática torre de Montaigne. La torre de marfil como un retiro deseado, forma de vivenciar el mundo a través de las palabras.

La figura del lector excéntrico y retraído fue burlada por las sátiras griegas y romanas. Recién en el siglo XIX el término literario –torre de marfil– connotó la idea de refugio intelectual. Posteriormente este aislamiento se volvió snob y hasta misántropo. En la modernidad la torre de la melancolía se opone a los espacios masivos. Para desplegar el aspecto contradictorio de la torre, al autor se vale de la duda de Hamlet, en otras palabras, la desconfianza hacia el poder intelectual en los tiempos de Shakespeare. La aparición fantasmática hace tambalear los fundamentos racionales del personaje.

Shakespeare estimaba, según Manguel, que la metáfora de la torre de marfil era despreciable para un escritor que no era universitario. Para el autor, las reflexiones de Gramsci resuenan en la ambigüedad de la pregunta que se hace Hamlet. La duda se establece entre residir en la torre, dentro de los límites de sus lecturas o abrir el libro y mostrarlo al mundo. Cientos de años después, la imagen de la torre cae nuevamente en el ridículo. Hoy por hoy, los tiempos que exige la lectura resultan indeseables y obsoletos, tiempos donde unos se sienten naufragar y otros desdramatizan los signos de un nuevo viaje, navegando en mundos fragmentarios.

La larva de los libros: el lector como inventor del mundo

En el tercer capítulo estamos frente al lector con su libro, absorto en su pequeño mundo. Hay una reflexión más general sobre la misma escena de lectura y su aspecto creativo, la literatura cargada de valores simbólicos que dan poderes y privilegios. El acto de lectura se concibe como un misterio, el lector se ve en la necesidad de capturar una experiencia que se da en ese pacto de ficción, donde las claves de interpretación siguen las reglas del juego que propone el texto. Cada uno, lector y escritor, a su manera, toman una postura singular frente a ese pacto, deciden aceptar o socavar las convenciones, seguir o desviarse de las pautas interpretativas.

Hay casos extremos en que la subjetividad está signada por la realidad literaria y da lugar a una confusión entre leer y vivir. Así como también, más allá de la locura quijotesca, encontramos los necios de los libros, que devoran todo sin digerir. En oposición al rumiar nietzscheano, este gusano omnívoro acumula conocimientos en lugar de asimilarlos y toma verdades indiscutibles que no son suyas. Utilitario de los libros, este bichito hambriento vive de ilusiones y no de la reflexión de su experiencia. “El amante de los libros se convirtió en el necio de los libros, el devorador de libros en una larva, ambas parodias del lector embelesado” (108).

Conclusión: leer para vivir

Alberto Manguel cierra su texto con la imagen del lector como aprendiz, núcleo de la empresa de escritura de Gustave Flaubert. La lectura para Flaubert configuraba una cartografía necesaria para la exploración de su propia expe-

riencia, paradigma del lector viajero, en su última obra retrata a dos necios que pretenden tener a través de los libros el conocimiento absoluto. Pero el libro queda inconcluso, como la utopía de sus personajes. El ensayista recupera el viaje de Dante y lo compara con el viaje literario que emprenden los necios, sin duda interminable, donde lo que se revela no es lo inefable sino una empresa heroica e imposible, decididamente condenada al fracaso. En este sentido los libros de Flaubert ofrecían una reflexión filosófica dirigida al lector sabio y no a al necio. Por otra parte, se erguía en esa torre de marfil que lo salvaba de la idiotez del mundo. Bouvard y Pécuchet nunca pudieron subir a la torre por más palabras que hayan devorado. Acumuladores sin aliento, incapaces de dar vida a los libros.

Más allá de los sentidos que podamos darle a las diferentes metáforas de lector, no podemos desentendernos de nuestra necesidad de recrear el mundo y nuestra experiencia a través de palabras. Lectores activos y creativos de los signos del mundo. Historias y ficciones que nos atraviesan a través de la literatura y otros lenguajes con una enigmática certeza. A veces lectores ociosos, otras aplicados, pero siempre conscientes que en ese espacio tan vivaz de la ficción, explícito o en detalles casi imperceptibles, los límites entre lectura y vida dejan de ser nítidos, nos hacen perdernos en ese viaje maravilloso que despierta la lectura.